

Fin de curso 'mon amour'

J. A. MARTÍN-PEREDA

El verano suele ser una época de descanso que, aunque no nos damos cuenta de que ha germinado, da sus frutos cuando se retorna al trabajo en septiembre. Seguir pensando, de manera consciente, en lo que se ha estado haciendo durante el curso no es fructífero.

Las ideas se mezclan y adquieren dimensiones diferentes a las que tienen en la realidad. Sólo olvidándose de ellas por un tiempo es como se pueden revitalizar e, incluso, hacer que florezcan otras nuevas.

El trabajo constante es el principal enemigo del trabajo efectivo. Dar vueltas y más vueltas, de manera forzada, a un pensamiento, sólo conduce a enrarecerlo más y hacer que desaparezca de él el sentido de los valores relativos y absolutos. Todo se mezcla en un mismo nivel donde no se diferencia lo importante de lo superfluo, lo esencial de lo exclusivamente anecdótico. El orden se invierte y se buscan interpretaciones sublimes de lo que tan sólo es un error.

Me viene a la memoria, como ejemplo de esta inversión de valores y de intento de justificar lo injustificable, algo que sucedió años atrás, quizá demasiados, y que puede dar idea de todo lo anterior.

Durante mis años de estudiante —en la década de los sesenta—, entre las escasas actividades culturales que por entonces se permitían, teníamos en la Escuela de Telecomunicaciones un cineclub al que, inexplicablemente, llegaban películas de las que sólo podían verse fuera de España. Se proyectaban en un salón de actos que alquilábamos a no sé qué colegio y, cada semana, suponía un lleno absoluto por el placer sublime de lo prohibido.

Al final de cada sesión, en un largo coloquio que podía durar horas, se discutían las bondades y las maldades de lo que se acababa de ver. Eran los tiempos de la *nouvelle vague* y cada película

tenía que poseer un sentido oculto que sólo los más avezados en esos temas llegaban a comprender.

Una semana se anunció la proyección de *Hiroshima, mon amour*. Nadie, hasta ese momento, había visto tal película, pero, a pesar de ello, todos se hacían lenguas de la profundidad de su contenido. Y llegó el momento del pase. Los rollos de la película llegaron directamente del aeropuerto de Barajas y el encargado del cine club se encontró ante una decisión fuera de todo posible razonamiento. Los rollos estaban numerados: "1A", "2A", "1B", "2B"... ¿Cuál debería ser el orden de proyección? No habían llegado instrucciones para hacerlo. ¿Sería 1A, 2A, 1B, 2B...? o, ¿sería 1A, 1B, 2A, 2B...? No sé por cuál de las dos posibilidades se optó. El caso es que se inició la sesión y, uno tras otro, se fueron desgranando los correspondientes rollos, de acuerdo con el esquema que arbitrariamente se había adoptado.

Acabó la película y comenzó el coloquio. Durante más de una hora se estuvo analizando el contenido de lo visto. Una de las cosas que más frutos dio fue el juego de tiempos que se hacía en la película. Las idas hacia adelante y hacia atrás. Cómo los protagonistas parecía que recordaban el pasado y, en un instante, se incorporaban al futuro, con una leve transitoriedad en el presente. Las maravillas de los *flash back* hicieron surgir disputas sobre los que pretendía el autor.

Al cabo de un largo rato y en medio de una de las más ardientes controversias, el encargado de la proyección subió al escenario y pidió silencio. Ante un ambiente expectante, quizá esperando el anuncio de que venían los *grises* como justo castigo por lo que acabábamos de ver, espetó: "Lamento lo ocurrido, pero ha habido un ligero error en el pase de la película que acabamos de ver. Me ha llegado la información de que hemos visto los rollos trastocados en el orden que deberían tener".

Y allí se acabó todo. Los fervientes admiradores del movimiento temporal de los planos enmudecieron. Los que discutían sobre la intención del director cuando hacía ir y venir la cámara en el espacio y en el tiempo, se dieron cuenta de que habían hablado sobre algo inexistente. Todo el mundo se levantó de su asiento y, en silencio, salió a la calle.

Creo que, desde entonces, comenzamos a dudar de las bondades de la *nouvelle vague* y, más de uno, dejamos de creer en el sentido oculto de las cosas. Las cosas son como son y darlas vueltas sólo supone no saber hacer otra cosa. Desde entonces, me he resistido a ver de nuevo *Hiroshima, mon amour*.

Esta pequeña anécdota del tiempo pasado puede servir para meditar acerca de todo lo que nos rodea. De lo trascendental de aquello que creemos importante, de lo absurdo de lo que pensamos fundamental.

Llevamos años hablando de los métodos para mejorar la competitividad de nuestras empresas, para incrementar nuestra contribución al número de publicaciones científicas mundiales. Pero siempre estamos dando vueltas en torno a los mismos parámetros. Aceptamos, al pie de la letra, las cosas como nos las han presentado y suponemos que así son de forma inexorable. Pero es bueno dudar de todo ello.

El verano es un buen momento para olvidarnos de los estereotipos establecidos y dejar que la imaginación corra libremente a sus anchas. Que el sol haga languidecer nuestras preocupaciones y pensar que todo es relativo. Es seguro que, después de un periodo sin dar una y mil vueltas a la misma idea, llegaremos a una nueva que, de verdad, sea la que resuelve los problemas. Pero si continuamos en lo de siempre, si llevamos trabajo al lugar de vacaciones, todo seguirá igual y nada podrá avanzar.

Catedrático de Tecnología Fotónica de la UPM.